

PRESENTACIÓN DE JUANA CASTRO: VULVA DORADA Y LOTOS

Vulva dorada y lotos... Podría ser el título de una película japonesa. O una postura de yoga. Pero no. Es el título de un nuevo libro de Juana Castro, publicado por la editorial Sabina, en Madrid. Un nuevo libro que terminó de imprimirse el 15 de mayo de 2009, 123 años después de la muerte de Emily Dickinson, como reza en su última página. Un nuevo libro que, en realidad, es un texto (= *tejido*) de retazos de otros libros anteriores, como esas colchas de cuadros de vivos colores confeccionadas a base de retales, que no por estar recicladas dejan de cumplir su función de abrigarnos. Un libro que nos trae otra vez el sabor, el sonido, la textura inconfundible de los versos de Juana, en una selección hecha con esmero por Tania R. Manglano y Ana Mañeru Méndez. Juana, encantadora de palabras, maestra del decir, del expresar con el verbo justo lo que vive por dentro y parece destinado a quedar dentro. Pero también, cuando le viene en gana, como una adolescente rebelde, Juana es experta en librarse del corsé de las palabras y de su sintaxis, desafiando a la autoridad competente mientras enlaza vocablos imposibles, pongamos por caso, “el sol se atardece”... Y se queda a sus anchas.

Un libro como éste, extractado de libros anteriores, nos viene a demostrar que es un deleite releer los versos de Juana, como esas lecciones que de niñas teníamos que repasar en voz baja para el examen, pero esta vez por puro placer.

Tengo que confesaros que yo no me siento autorizada para afirmar con la rotundidad con la que afirma Ana Mañeru en el prólogo, que Juana es “la mejor poeta viva en lengua castellana de mi tiempo”. Pero sí puedo deciros con plena seguridad que pocos poemas, como “La noche”, han sido capaces de transportarme tan vívidamente al mundo perdido de la infancia, con sus tormentas y sus pozos, con sus fantasmas y sus escalofríos:

*Aquí haría mi tienda
junto al delgado hilo que separa
la cena del temblor y del asombro* (p. 16),

escribe Juana. Es un milagro, cómo expresar mejor, con un puñado de palabras, esos sentimientos contradictorios de desasosiego y curiosidad que experimentábamos cuando niñas ante aquellas historias para no dormir... Los versos de Juana son una fiesta de la elipsis y de lo sugerido. Es un don que no lo da el estudio. El mundo irrecuperable de la infancia recuperado gracias a la pericia expresiva de Juana. Cuánta ternura al describirse a sí misma cuando niña, en el poema “La senda”, como “un hilo de luz”, “una brizna venida de otros mundos”. Y la mirada curiosa de una niña, de ella misma o de cualquier otra:

*Misterioso, un imán
repartía su vida entre los ojos* (p. 13)

Y cómo sabe Juana envolver en celofán lo prosaico, lo vulgar incluso, en el poema “Agacharse”:

*Orinar
era un rito pequeño
de dulzura
en el campo* (p. 20)

El realismo mágico iguala en su expresión a otros realismos mágicos que nos llegaron del otro lado del océano:

*Sus huevos de dos yemas pusieron las gallinas.
La luna mantuvo su brillo en la mañana
y apareció un nenúfar en la alberca [...]
y la yegua cantó como una loca* (“El milagro”, p. 21)

De Juana Castro la crítica literaria ha dejado escrito que es una “clara voz de mujer” y “una poeta del cuerpo (femenino)”. Y es cierto que sus poemas nombran el cuerpo femenino como raramente antes de ella se había hecho, y mucho menos por una mujer. Porque las mujeres siempre han sido las dueñas del silencio. Juana, en cambio, nos presenta el cuerpo “sin ser convocado”, “como una radiante manzana de la carne”. Sin remilgos, sin eufemismos, las cosas como son y como se nombran, con su nombre propio:

*El sol en su vagina
se incendió de naranjas* (“Hipóstasis”, p. 64)

*Por caderas y ovarios
resbalaba la lluvia* (id., p. 64)

Por frutales glicinias, por sedales y clítoris (“Gineceo”, p. 70)

La experiencia que sólo pertenece a la mujer, relatada por una mujer, así de simple:

*Y era yo sola el mundo, y entre mis piernas daba
a la luz otro mundo recobrado del frío* (“Más alta”, p. 34)

*Pedazo de mi tiempo que me muerde la vida
pedazo de mi vida que me muerde en el tiempo* (“Mantillas”, p. 36)

Nos deja, sí, su experiencia vivida como madre, y de qué manera. Pero también en su papel de hija, Juana nos deja unos sentidos versos de dolor contenido, donde la madre se nos presenta “desarbolada y ciega”, “con su cara de luna y de sigilo”, y en su doble condición de madre-niña.

Y de lo trascendente a lo frívolo. Si creiais que no era posible, o apropiado, o correcto escribir un poema al bolso, a ese objeto tan trivial que es parte tan nuestra... ahí lo tenéis, en “Toda la piel del mundo”: la exaltación del bolso, ese apéndice nuestro que es comparado por Juana con una “megalópolis”, “que no está quieta por dentro, que es multiforme y crece” (p. 85): por donde pasan los ríos, el día, la música, la niebla. Lo cotidiano elevado a la enésima poesía, ese don de Juana...

Y, cómo no, en sus versos encontramos también un tiempo y un lugar para el amor, omnipresente, esa “cárcel de sed”. El amor con su doble verdad: una verdad dolorida (“nunca tuve una herida de sol como la tuya”, “Manantial”, p. 57) y una verdad alborozada (“avanzas junto a mí/ y tu gozo / tiene la misma altura de mi gozo”, “María & María”, p. 66).

Y mucho más se encierra en este libro, pero cada una debe descubrirlo por sí misma. Un libro que se nos ofrece como un doble regalo, porque (y esto es un verdadero lujo) el texto escrito viene acompañado de un cd-rom con la voz de Juana, recitando sus propios poemas. Un libro para leer, para tocar, para escuchar... Gracias, Juana. Y en nombre de todas las que aquí nos hemos congregado, doblemente felicidades porque hoy, además de festejar que este nuevo libro se terminó de imprimir el 15 de mayo de 2009, cuando se cumplen 123 años de la muerte de Emily Dickinson, celebramos también tu santo y el comienzo del verano, la noche de San Juan, en cuya “hora más ciega Ella se aparece coronada de rosas, como una llama blanca” (“Causa Incausada”, p. 26).